

Lo que entregan los libros

Cuenta Gilbert Keith Chesterton que cierta vez tuvo que viajar con urgencia de una ciudad a otra de Inglaterra, y sólo cuando estaba en el tren advirtió que no había llevado nada que leer. Era tanta su ansiedad de leer algo, que en algún momento se descubrió levantándose a curiosear en las placas que había en las paredes del vagón, y sintió gratitud cuando pudo leer las instrucciones del prospecto de una medicina que llevaba en su equipaje de mano. Jorge Luis Borges confesó más de una vez, con cierto pudor, que cuando todavía gozaba del don de la vista y visitaba las librerías, lamentaba no poder llevar ciertos libros que lo atraían, porque ya los tenía en casa. Cervantes afirma en algún lugar de su obra que su pasión por leer era tal, que leía hasta los papeles que se encontraba en las calles. Y es bueno recordar que una de las más grandes obras de la literatura universal, "El anillo y el libro", de Robert Browning, se la debemos a la afición de Browning por husmear en los infolios viejos y carcomidos que se tropezaba en los mercados callejeros de Florencia, lo que le permitió encontrar un antiguo proceso judicial, a medias impreso y a medias manuscrito, que fue el germen de ese apasionante experimento literario, una obra a la vez policial, psicológica y metafísica, la novela en verso más densa de la historia.

Quiero utilizar estos ejemplos para argumentar algunas verdades muy sabidas pero que siempre reclaman repetición: leer es mucho más que lo que nos enseña la alfabetización; leer es mucho más que organizar las sílabas y reconocer las palabras. Leer es un arte creador sutil y excitante, es una fuente de información, de conocimiento y de sabiduría, y es también una manía, una obsesión, un tranquilizante, una distracción y sobre todo una feli-

cidad. Hay personas desdichadas a las que se les enseña a descifrar lo que dicen las cartillas, y con ello se piensa que se las ha enseñado a leer. Pero es posible que nadie haya tenido la generosidad o la lucidez de iniciarlos en el placer de leer, en el goce de asomarse a mundos desconocidos, nadie les reveló que un libro puede ser tan estimulante y asombroso como un viaje, nadie los inició en el deleite de sentir la resonancia mágica de las palabras, el agrado de las frases bien construidas, la dicha de las historias bien contadas, el alivio de las emociones expresadas con intensidad y elocuencia, la perplejidad de las resonancias inusitadas del lenguaje, y la gratitud de ver ideas pensadas con rigor y comunicadas con claridad y con belleza.

Crear lectores es mucho más que transmitir una técnica: es algo que tiene que ver con el principio del placer, con las libertades de la imaginación, con la magia de ver convertidas en relatos bien narrados y en reflexiones nítidas muchas cosas que vagamente adivinábamos o intuíamos, con la alegría de sentir que ingresan en nuestra vida personajes inolvidables, historias memorables y mundos sorprendentes. Por eso el peor camino para iniciar a alguien en la lectura es el camino del deber. Cuando un libro se convierte en una obligación o en un castigo, ya se ha creado entre él y el lector una barrera que puede durar para siempre. A los libros se llega por el camino de la tentación, por el camino de la seducción, por el camino de la libertad, y si no hemos logrado despertar mediante el ejemplo el apetito del lector, si no hemos logrado contagiar generosamente nuestro propio deleite con la lectura, será vano que pretendamos crear un lector por la vía de forzarlo a leer. Yo creo que no se

Nació en Padua, Tolima, 1954. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en Cali, pero abandonó la carrera para dedicarse de lleno a la literatura y al periodismo. Ospina ha vivido la escritura como un compromiso ante la sociedad. Es por ello que gran parte de sus escritos se dedican a reflexionar sobre la sociedad contemporánea y sobre la realidad colombiana a la que conoce con detalle. Ha publicado siete libros de ensayo: *Aurelio Arturo* (1991), *Es tarde para el hombre* (1994), *Esos extraños prófugos de Occidente* (1994), *Los dones y los méritos* (1995), *Un álgebra embrujada* (1996), *¿Dónde está la franja amarilla?* (1997), *Las auroras de sangre* (1999) y cuatro libros de poemas: *Hilo de Arena* (1986), *La luna del dragón* (1992), *El país del viento* (1992) y *¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?* (1995).

Conferencia pronunciada en el 1º Encuentro Regional de Lectura y Escritura, organizado por Asolectura, Bogotá, julio 30-31 de 2002.

trata de lograr que alguien lea finalmente un libro, el desafío está en iniciar a alguien en una vida para la cual los libros sean luz y compañía, tengan la frecuencia de un alimento y la confianza de una amistad.

Es difícil que llegue a ser un buen lector alguien que no sienta el asombro de las palabras, y que no sea consciente de su poder. Pero la verdad es que prácticamente no hay persona que no crea en el poder del lenguaje y que no sea sensible a su influencia. Una prueba palpable está en los insultos: hasta el más prosaico de los seres humanos se indigna al escuchar un insulto, y da muestras de una gran sensibilidad ante los frutos de la imaginación, porque si alguien proclama con respecto a él o a alguno de sus seres queridos una acusación cualquiera, aunque no sea verdad, el ofendido reaccionará con indignación y hasta con violencia. Cierta escritor decía que hay personas tan pobres de imaginación que su capacidad de insultar se agota en descubrir la misma profesión en las madres de todos. Pero lo conmovedor es que haya personas que se dejen afectar por recursos tan estereotipados y primitivos, y les concedan la limosna de su indignación. ¿Por qué nos afectan las cosas imaginarias? Hasta en esas aparentes pequeñeces se revela el poder del lenguaje y su efecto continuo sobre nuestra vida. A diferencia de otras artes, como la música o la pintura, cuyo material es cosa de expertos, el material de la literatura son las palabras que maneja cada día el común de los seres humanos, y su eficacia depende de que, utilizándolas con el mismo sentido y con el mismo poder de representación que tienen en la vida cotidiana, logren conmover y ser portadoras de revelaciones.

Se puede pasar por la vida sin leer libros, y ello no equivale necesariamente a ignorancia o desdicha, aunque yo personalmente creo que la felicidad de quien sabe leer es mucho más rica, matizada y diversa. Por supuesto que hay saberes que nos entrega la tradición, y saberes que obtenemos de una

relación viva con los demás y con el mundo. Incluso algunos libros parecen flotar en el aire. Alguien decía que no hay quién no conozca "La Biblia", "El Quijote" o "Las Mil y Una Noches", porque son libros que están vivos en el espíritu de la cultura y en lo esencial todo el mundo sabe algo de ellos aunque no los haya leído. Pero hay una distancia enorme entre conocer el argumento de una historia o el perfil de un personaje, y deleitarse con el lenguaje en que esas historias nos son contadas y esos personajes nos son revelados.

A pesar de que hay muchos caminos para la transmisión de saberes, tradiciones y sentimientos, hace siglos el mundo occidental convirtió a los libros en su principal instrumento para conservar y compartir la memoria, para transmitir tradiciones, para crear realidades nuevas, para pensar, e incluso para realizar intercambios entre culturas distintas. Hasta el momento en que fue inventada la imprenta, aunque hacía siglos que existían los libros, la tradición oral fue en Europa el instrumento de la memoria y también de la creación. Con la imprenta llegó también la democratización de los libros, el auge de la lectura, y ese símbolo de la modernidad que es el lector solitario y silencioso. Uno de los primeros lectores de esta nueva época fue Montaigne, cuyos ensayos son comentarios y variaciones sobre numerosos textos de autores clásicos. Tal vez lo más típico de esas obras es el modo como Montaigne alterna reflexiones que nacen en su alma y observaciones que ha hecho sobre el mundo y la conducta humana, con ideas que le han iluminado los libros. Para ejemplificar la idea de que el hombre es cosa vana, variable y ondeante, Montaigne recuerda la historia de un famoso guerrero, de quien se dijo que "entró en la batalla como un león, se movió por ella como un zorro, y fue asesinado como un perro". Montaigne es un lector que aprovecha, pero también ahonda e ilumina, los textos que visita.

Otro ejemplo de autor que es también un gran lector sería Shakespeare.

Éste siempre nos obliga a pensar en el elemento estético de toda lengua. La mayor obra artística de cada lengua es por supuesto la lengua misma, y en el caso del inglés, la más alta de sus obras, la de Shakespeare, es en primer lugar un muestrario de las posibilidades increíbles de esa lengua. Su vocabulario, su capacidad expresiva, su musicalidad, la riqueza de sus matices, la profusión de estados anímicos que sugiere, su capacidad para encarnar las voces, es decir, las almas, de tantos seres distintos, su elocuencia, encuentran en Shakespeare una medida perfecta. Hasta su capacidad de insultar es envidiable, como cuando Lady Ana maldice a Ricardo, el asesino del rey Enrique: Ah, maldita sea la mano que hizo estos agujeros, maldito el corazón que tuvo corazón para hacerlo, maldita la sangre que dejó escapar de aquí esta sangre. ¡Más triste suerte tenga ese odiado miserable que nos hace miserables con tu muerte, de la que puedo desear a víboras, arañas, sapos, o cualquier otro ser envenenado que viva!. Antes de Shakespeare ya existían en la lengua todas esas posibilidades, y son más bien ellas las que lo hicieron posible, pero es curioso que Shakespeare no era muy hábil para inventar historias, y su talento consistió más bien en llevar a su total plenitud historias de otros. Casi todos sus temas los tomó de la tradición, de las Gestas Danesas como Hamlet, de las viejas crónicas inglesas de Hollinshed, como Macbeth, del repertorio dramático popular como Romeo y Julieta. Y él se encargaba de convertir unas piezas interesantes y llamativas en obras maestras de la penetración psicológica, de la elocuencia y de la fuerza literaria.

Es en el arte combinatoria donde surge lo nuevo. Todas las palabras que forman la tragedia de Hamlet existían antes de Shakespeare, sin embargo esa tragedia enriqueció a la humanidad de un modo indecible. Una manera particular de organizar las palabras, permite que a través de esos órdenes nuevos

aflore en cada lengua un mundo de percepciones originales, de músicas desconocidas, de ideas renovadoras, e incluso el perfil de unos seres que terminan siendo más memorables que los seres de carne y hueso. No sabemos si Jesucristo habrá existido como personaje histórico, y los filósofos del siglo XVIII se esforzaron en vano por demostrar que no, pero lo que sí sabemos es que el Jesucristo que protagoniza los Cuatro Evangelios es uno de los personajes más vivos, inquietantes y originales de la civilización occidental. Don Quijote tal vez no cabalgó jamás por las llanuras pedregosas de Castilla, pero lo conocemos mucho mejor que al pobre expresidiario que lo inventó y todos los días se escriben sobre su carácter y sobre sus palabras muchas más páginas que las que se escriben sobre muchos personajes históricos.

¿Cómo pueden esos organismos hechos de papel y palabras llegar a tener más peso en la historia que los seres de carne y hueso? Es uno de los secretos de la literatura. Después de haber vivido minuciosamente en el mundo, las generaciones caen como las hojas de los árboles y se borran en el tiempo sin dejar huella. Los vivientes que llegan vuelven a pensar en la cólera de Aquiles y en las astucias de Ulises; en ese guerrero mortal de la Iliada que se atrevió a arrojar su lanza contra una diosa; en esa maga que convirtió en cerdos a los compañeros de Ulises; en ese viejo con sombrero de alas de cuervo que hundió su espada en el tronco de un roble en la sala de Volsung; en el joven príncipe afgano que dirige al ejército de los monos y que visita el palacio del rey de los pájaros en un cuento de *Las mil y una noches*; en Helena de Troya, a quien le fue dada la mitad de la belleza que se había destinado para los humanos; en la pobre Ofeelia, que se arroja al agua cantando y se desliza atrapada por los nenúfares; en ese poeta belicoso que está condenado en un pantano del infierno a llevar en la mano su propia cabeza

cortada, colgando del cabello como una linterna; en ese hombrecito checo que despertó una mañana convertido en un insecto; en ese hombre de Buenos Aires que no podía olvidar, y que pasaba las tardes agobiado por la minuciosidad intolerable de su memoria infinita.

La literatura está llena de prodigios: de lámparas mágicas y de anillos poderosos, de capas de la invisibilidad y de magos aterradores, de gatos horrendos como el Plutón de Edgar Allan Poe y de gigantes disparatados como Gargantúa, de islas asombrosas como el peñón magnético contra el que se estrellan las embarcaciones, y de países extraños como ese de los viajes de Gulliver, cuya capital está en un peñasco que flota en el cielo, pero también está llena de seres entrañables como esa jovencita jamaicana que encarnó siempre para los colombianos la imagen del amor, María, que hablaba con susurros y con sobreentendidos y que se cubría con pudor insinuante los pies desnudos como si fueran un pecado; de seres inolvidables como una joven de Conrad que aplaca las tormentas del Pacífico con la música de su piano; de criaturas de sueño como el José de Thomas Mann, que entra casi desnudo a escanciar el vino en el salón donde están las cortesanas ebrias cortando naranjas con cuchillos finísimos y va dejando a su paso un río de sangre.

Leer es abrir las puertas de la imaginación y es permitir que esos mundos soñados por los escritores nos entreguen sus secretos. Pero leer es también un ejercicio de desciframiento y de creación. Nietzsche solía decir que le gustaba más leer las obras dramáticas que verlas representadas, porque cuando las leía era él quien decidía cómo era el rostro de Cleopatra y cómo eran las columnas de su palacio, en tanto que cuando las representaban ya le estaban imponiendo un rostro y una arquitectura. Con ello lo que estaba subrayando era el hecho no siempre advertido de que la literatura no nos da cosas concretas sino símbolos abstractos, y que somos nosotros los

que llenamos la lectura con nuestra propia memoria. Por eso, leer siempre equivale a aprender. El que lee, aporta a ese ejercicio estético tanto como el que ha escrito. Leer supone mucha más actividad creadora que ver teatro o que ver cine, porque exige mucho más de nuestra imaginación y de nuestra memoria. Por eso es un error pensar que el que lee hace esencialmente lo mismo que el que asiste a espectáculos, y Nietzsche tiene razón cuando afirma que cuanto más abstracta es un arte, tanto más creadora es la relación con él. Es tan mágico el lenguaje, es tan fuerte la fe que tenemos en él, que creemos de un modo salvador que las palabras son las cosas, y casi experimentamos un vértigo cuando los poetas nos revelan, mediante sus transposiciones mágicas, que el lenguaje es también peligroso y equivoco.

Por eso, más perturbador aún que leer historias armoniosas y coherentes, de corte clásico, que satisfacen apaciblemente la memoria y la imaginación, la sensibilidad y el pensamiento, es adentrarse por los reinos de la poesía, donde no siempre impera la lógica, ni el orden, ni la sucesión temporal, como en la casa del sombrerero loco de "Alicia en el País de las Maravillas", donde primero se comen el pastel y después lo parten, o como en el episodio del gato de Cheshire, de ese libro, que está en las ramas de un árbol y sonríe, y al sonreír va desapareciendo, de modo que Alicia tiene que decirse moviendo la cabeza: "Qué raro, yo muchas veces he visto un gato sin sonrisa, pero es la primera vez que veo una sonrisa sin gato". En el reino de la poesía hay navíos, como el "Barco Ebrio" de Rimbaud, que se va sin tripulantes en busca de mundos desconocidos, y que después cuenta el desorden fantástico de su viaje:

*Vi cielos reventados de rayos, marejadas/
resacas y huracanes, en el nocturno abismo/
vi el pueblo de palomas de auroras exaltadas/
vi a veces lo que el hombre creyó haber visto el mismo./
Soñé en la noche verde*

con nieves infinitas,/ besos que hasta los ojos del agua se levantan,/ con la circulación de savias inauditas/ y el despertar azul de fósforos que cantan./ Glaciares, blancos soles, cielos en ascuas, frescas/ olas, atolladeros en los golfos profundos/ donde la chinche roe serpientes gigantescas/ caídas de los árboles entre aromas inmundos/.

Pero también hay comprobaciones abrumadoras de la tragedia y de la urgencia de vivir, como aquellos versos de Rubén Darío:

Gozad del sol, de la pagana/ luz de sus fuegos/ gozad del sol, porque mañana/ estaréis ciegos./ Gozad de la celeste armonía/ que Apolo invoca,/ gozad del canto porque un día/ no tendréis boca,/ Gozad de la vida que un/ bien cierto encierra,/ Gozad porque no estáis aún/ bajo la tierra/. O esos versos de Baudelaire que no dejan consuelo: Bientot nous plongerons dans les froides tenebres/ Adieu, vive clarté de nos etés trop courts!/. (Pronto nos hundiremos en las frías tinieblas/ Adiós claridad viva de nuestros veranos demasiado cortos.)

O ese verso de Boileau que nos hace sentir el vértigo del tiempo que huye:

Ce moment ou je parle est deja loin de moi (Este instante en que hablo ya está lejos de mí).

Los griegos sentían que la memoria es la madre de las musas. Ello equivale a afirmar que todas las artes son hijas de la memoria. Y tal vez en nuestra memoria personal está guardado no sólo minuciosamente todo aquello que hemos vivido sino también toda una red de saberes y de respuestas acumuladas por las generaciones y por las especies. Hay quien dice que están en nosotros la memoria del pez y la memoria del reptil, que hay ciertas reacciones de miedo o de violencia que no nacen de nuestra experiencia personal sino del abismo de los milenios. Y por lo pronto

es evidente que el miedo, como el amor, como la tristeza o el deseo, son estados comunes a todos los seres humanos y en esa medida son cosas que no inventamos nosotros sino que las recibimos como recibimos los ojos que ven y los pulmones que respiran. Pero también parece evidente que no hay instrumento más hábil para la memoria que el lenguaje. Todo lo que nos ha ocurrido tal vez perdura en nosotros pero sólo puede compartirse cuando esa memoria se elabora en palabras.

Algunas de las verdades más profundas y más poderosas que haya poseído la humanidad fueron acuñadas por una alianza de la memoria con la imaginación: sólo así nacieron o se manifestaron los mitos, los héroes legendarios y los dioses. Hace un rato hablaba de cómo los filósofos del siglo XVIII francés, Voltaire incluido, pensaban que era posible refutar la divinidad de Cristo demostrando que no había pruebas de su existencia histórica. Pero cuanto más argumentaban que Cristo no había existido como un barbado caballero hebreo junto a los lagos de pescadores de hace veinte siglos, tanto más admirable resultaba que un hombre tan improbable en su época fuera un dios tan poderoso en la historia. Ese es el secreto del mito, que no puede ser refutado por la razón, y para reinar sobre veinte siglos de historia humana Jesucristo no necesita siquiera existir, en el sentido en que existimos nosotros. Estamos hechos de materia y de ansiedad, de sangre y de sueños, y somos substancia dócil para el olvido, en cambio nuestras palabras, cuando son verdaderas, cuando son bellas, cuando son inspiradas, cuando son creadoras, pertenecen al reino de la memoria, y saben engendrar músicas más imborrables y criaturas más perdurables que la carne y la sangre. A ese reino de seres conmovedores, de historias sencillas e imborrables, de objetos indescifrables, de regiones inesperadas y de verdades ineluctables, es a donde nos llevan siempre los libros, y tal vez es ese el mundo real,

en tanto que el mundo nuestro es firme y cierto, es práctico y urgente, y lo habitamos llenos de fe, pero no ignoramos que está destinado a borrarse definitivamente, como la cierva blanca del soneto de Borges con la que quiero terminar estas digresiones:

De qué agreste balada de la verde
Inglaterra/ de qué lámina persa, de
qué región arcana/ de las noches y
días que nuestro ayer encierra/ vino
la cierva blanca que soñé esta mañana?
Duraría un segundo, la vi cruzar
un prado/ y perderse en el oro de una
tarde ilusoria/ leve criatura hecha
de un poco de memoria/ y de un poco de
olvido, cierva de un solo lado./ Los
númenes que rigen este curioso mundo/
me dejaron soñarte pero no ser
tu dueño/ tal vez en un recodo del
porvenir profundo/ te encontraré de
nuevo, cierva blanca de un sueño/. Yo
también soy un sueño, fugitivo, que
dura/ unos días más que el sueño del
prado y la blancura.

